

# La fiesta suprema: el tiempo de las máscaras

Edgar Bolívar R.



© David Estrada Larrañeta/Bluephoto. Carnaval de Riosucio Caldas, 2011

## El carnaval: un tiempo para pensar

En los últimos años el tema de la fiesta y el carnaval en Colombia ha ganado un espacio en el mundo académico y una creciente acogida en el mundo editorial. De los enfoques descriptivos de la fiesta y del carnaval como hechos folclóricos se ha pasado a enfoques analíticos que discuten asuntos como la construcción de identidades, economía y cultura de la fiesta, historia y territorio, antropología teatral, cartografía cultural y temas anexos. La fiesta y el carnaval dejan de ser fenómenos periféricos de la vida social, para recuperar su

lugar en la producción de imaginarios, en la activación del patrimonio inmaterial y del turismo, en la generación de la industria cultural y de las empresas creativas, al tiempo que nuevos lugares de redefinición de la identidad y de lo nacional.

Los trabajos a que hago alusión emergen principalmente de actividades del mundo académico, pero es de justicia reconocer enormes esfuerzos locales y regionales de gestores y animadores culturales por situar su respectiva fiesta o carnaval en los mapas y los calendarios de su ámbito, atrayendo el interés de

los medios, desde el periódico, la emisora y los canales comunitarios y locales, hasta la mención episódica en algún noticiero de un canal nacional, o el registro en algún magazín cultural de canales regionales o universitarios. Deberíamos examinar con cuidado cómo la fiesta y el carnaval van acomodándose a patrones de imagen, de tiempo y de espacialidad de la televisión, y atender a los nuevos relatos que se construyen desde esos medios, en los efectos que producen en los públicos. A medida que se abren espacios para adelantar programas rigurosos de inventario del patrimonio inmaterial, deberíamos acordar cuáles son las preguntas que desde hoy hacemos a este complejo dispositivo productor de sentido en el que circulan y se reconfiguran maneras de ser, modos de juntarnos en el espacio público y alternativas de expresión de lo que nos alegra o nos oprime.

4

Las nuevas rutas trazadas por estudios como el del Convenio Andrés Bello, en la línea del programa Economía y Cultura,<sup>1</sup> obligan a mirar la fiesta y el carnaval desde los impactos económicos y sociales, en relación con el empleo, el turismo, los públicos y el papel de los medios. Para ejemplificar, un espacio regional cultural como el Carnaval de Barranquilla ha sido proclamado obra maestra del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad en 2003 y se beneficia de un plan de acción que garantiza su protección.<sup>2</sup> El espacio cultural de Palenque de San Basilio recibió esta distinción en 2005. Las acciones de salvaguarda que les corresponden y la cuidadosa planeación y participación de sus hacedores y especialistas renuevan los modos de pensar la conservación y la defensa de este ámbito de la creación y expresión patrimonial de la diversidad cultural colombiana.

Debe advertirse que temas como las metodologías de medición y la definición de indicadores de impacto son terreno de debate en el mundo entero, situación sobre la cual la Unesco ha invitado, desde hace muchos años, a asumir

el reto de contribuir a crear consensos en la comunidad académica internacional.<sup>3</sup> No obstante, estudios, como el de Adolfo González Henríquez, muestran que ha sido su ingreso en la fase de *industrialización* del carnaval la que coincide con su proclamación como bien patrimonial, por medio del manejo empresarial que la élite local lleva a cabo mediante diversas sociedades y corporaciones comerciales que concurren en la organización del evento.<sup>4</sup>

En ámbitos más cercanos aparecen publicaciones como *Colombia de fiesta*, publicado en 2006 en edición de lujo.<sup>5</sup> El intento por establecer una cartografía cultural desde aproximaciones regionales, a cargo de expertos investigadores, llena en parte el vacío de referencias generales sobre el amplio universo de lo festivo en Colombia. Una publicación de la Universidad de Cartagena y del Instituto de Investigación para el Desarrollo<sup>6</sup> se suma a otros esfuerzos regionales por los estudios de la fiesta y del carnaval desde el territorio, proponiendo el realce de sus implicaciones sociales, culturales, económicas y políticas, como encarnación del multiculturalismo y del patrimonio inmaterial, para la puesta en escena y la invención de las identidades, sean étnico-raciales, regionales, de género, o políticas, como aflora en la mayor parte de estas expresiones. Obviamente, los trabajos de las colegas Sol Montoya y María Teresa Arcila, sobre Riosucio y Santa Fe de Antioquia,<sup>7</sup> respectivamente, gestados desde el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, son hitos importantes en esta senda investigativa.

## El carnaval: un tiempo fuera del tiempo

Inventamos las fiestas para medir el tiempo. Así de contundente y profunda es la conclusión propuesta por el etnólogo británico Edmund Leach al incursionar en el análisis estructural de las diferentes formas de configuración del tiempo en las sociedades humanas.<sup>8</sup>





© David Estrada Larrañeta/Bluephoto. Carnaval de Barranquilla, 2012

La afirmación no tiene nada de superficial ni de arbitraria, pues cualquier observación a las categorías de agrupación y clasificación del tiempo conduce a reconocer que, por ejemplo, términos como semana o año corresponden a intervalos festivos, ya sea entre dos domingos, o entre dos navidades o dos carnavales. El resto es tiempo de la producción, el trabajo, el esfuerzo y el ahorro. Pero el festejo, en sus múltiples manifestaciones culturales, es el tiempo del despilfarro, el gasto, el desenfreno, en los cuales acontecen importantes y fundamentales procesos de la vida colectiva en torno a los intercambios simbólicos, la renovación de los lazos sociales y las afirmaciones identitarias.

En consecuencia, cada sociedad posee sus propios modos de hacer y disfrutar la fiesta, sus maneras propias de reunirse y de volcarse hacia los espacios públicos para expresar sus alegrías y apegos: festivales, carnavales, mascaradas,

desfiles y otras conmemoraciones cívicas, son momentos privilegiados de la vida social de una colectividad. Si no fuera por las fiestas, no tendríamos una percepción del tiempo, de su transcurrir y de su inexorable paso. Dicho de otro modo, las fiestas constituyen nuestro reloj social, el almacén más profundo de cualquier noción de calendario, la ocasión más propicia para insertarnos en un universo lleno de sentido, que se desenvuelve con una periodicidad invariable y como siguiendo un libreto del cual todos somos a la vez autores, actores y espectadores. La intensidad de las experiencias asociadas a la profunda alegría que desata el espíritu festivo, el regocijo provocado por el hecho de estar juntos, el alboroto permitido que es inherente a la celebración colectiva, y la alborozada conciencia de participar de una situación compartida con centenares o miles de personas, en el mismo momento y en los mismos espacios, hacen de ese aquí y ahora de lo festivo un si-

nónimo de la vida y un laboratorio de creación y recreación de identidad cultural difícilmente sustituible por otros acontecimientos que corresponden a la creciente reducción o enclaustramiento de la fiesta al dominio de lo privado o de lo íntimo.

El almanaque no es el calendario, término que huele y sabe a fiesta. El primero nos sitúa en un régimen común, de tipo administrativo, y como tal tiene algo de férreo y burocrático a pesar del colorido de ciertos dígitos ubicados en hileras diferentes a la de los domingos. El segundo es más elástico, fluido y local, pues por fortuna la fiesta no tiene otro modo de vivirse sino desde lo local, en su propio escenario y desde el acento y sabor de la región. Nuestras más de tres mil fiestas anuales se triplicarían, se septuplicarían quizás, si bajo la perspectiva de vereda, corregimiento, corporación, barrio, gremio o etnia, intentáramos contabilizar, para luego inscribir y tal vez promover nuestros infinitos motivos, tiempos y lugares para celebrar, porque en cada uno de estos referentes territoriales o sociales cada quien reclamaría con toda razón la cuota de reconocimiento a su fiesta como la más auténtica y, sin exagerar, la más patrimonial. Somos lujurosamente festivos.

La fiesta, como expresión humana, despliega las artes de la imaginación y de la creatividad y hace concurrir en su preparación, desarrollo y vuelta a la realidad cotidiana, todos los recursos disponibles que le imprimen un fuerte sello local, regional o nacional, según sea el alcance de su reconocimiento desde el punto de vista cultural y territorial. En todos los casos, al festejar congregamos memorias de aquí y de allá y, al precipitarnos al torbellino del desenfreno de unas danzas carnavalescas o al sumergirnos en la piadosa y recatada devoción a una imagen, la fiesta es algo más que ella misma, en cuanto nos atrae e impulsa a desear que no se acabe, que siga siendo y que vuelva pronto, porque a pesar de todas las contingencias que pueda deparar en lo que

hay de incontrolable o trágico de sus efectos, la fantasía, la emoción, el colorido, el brillo y el ritmo que nos envuelven, no tiene equivalente en el ámbito de la rutina de la vida diaria. Las fiestas siempre serán una ocasión para lucir aquello que se considera más valioso y una oportunidad de exteriorizar destrezas, habilidades y secretos del arte de engalanar y gozar la vida. Incluso la muerte ronda el festejo, como lo demuestran las estadísticas de los efectos de la celebración en las cifras del exceso: el costo social de la fiesta y el carnaval se expresa en la accidentalidad trágica y los homicidios que se derivan de la extralimitación de las normas de la vida colectiva.

Que las fiestas son uno de los pocos lujos que nos van quedando como sociedad, en medio de la zozobra y la incertidumbre de futuro, es algo que invita a pensar en la enorme capacidad de resistencia simbólica y cultural que tenemos como nación a través de ese calendario festivo que sobrepasa las tres mil celebraciones a lo largo y ancho del país. Además de ser cierto que siempre tendremos un motivo para el dolor, también lo es que el antídoto festivo está a la mano en el abigarrado calendario de celebraciones en Colombia. Más allá de los aún despistadores efectos de la Ley Emiliani sobre la liturgia católica, o sobre importantes conmemoraciones civiles o patrias, como ocurre con el doce de octubre, conmemorado el diecisiete, o un once de noviembre, festejado el catorce, tales desplazamientos que debilitan la fuerza de la fecha en el calendario se han compensado en apariencia con el regalo de un buen número de puentes en los que, a fuerza de no saber qué conmemoramos o celebramos, se multiplican las oportunidades de acceder o desplazarse hacia destinos que se enlazan con una inusitada extensión del ciclo festivo. Por eso nuestra mirada hacia un mes como septiembre tiene algo de juicio implacable por ser un mes en apariencia austero y antifestivo. No obstante, nos lo recuerda el carnaval, existen lugares inamovibles e innegociables en la memoria colectiva, como





© David Estrada Larrañeta/Bluephoto. Carnaval de Riosucio Caldas, 2011

el tiempo que coincide entre el solsticio de invierno y el equinoccio de primavera, cuyo clímax se alcanza en la temporada de carnavales de comienzo de año en el calendario occidental y en el reguero de sus expresiones en Colombia, ya se trate de los Diablitos de Santa Fe de Antioquia o de El Retiro, del Diablo en Riosucio, del emblemático Carnaval de Barranquilla, o de las menos conocidas manifestaciones del mundo andino en el suroccidente colombiano, como el Carnaval o Festival del Perdón, arraigado en las etnias de la región. Colombia es la nación del carnaval plural.

La categoría “patrimonio inmaterial”, aplicada a lo festivo, realza uno de sus componentes fundamentales, como es su condición de espacio cultural, concepto que desde 2001 aplicó la Unesco en la primera proclamación de obras maestras de la humanidad. El espacio cultural debe ser entendido como un lugar en el que se concentran actividades populares

y tradicionales, pero también como un tiempo caracterizado por una cierta periodicidad o por un acontecimiento; en otros términos, *el espacio cultural es también un tiempo cultural*, categorías insustituibles en todo proceso ritual, ceremonial y festivo. Se refiere a los acontecimientos que se desenvuelven en espacios y tiempos cargados de simbolismo y, como en todos los ejemplos contenidos en esta *Agenda*, implica manifestaciones festivas tradicionales y populares, sujetas a unos ritmos y temporalidades sociales de carácter cíclico, justamente aquellas que conforman el calendario de festivales que nos permite el desahogo de nuestras pasiones y el encuentro en la diversidad.

### El carnaval: espacio ritual de la representación

La fiesta tradicional, y obviamente el carnaval, pueden examinarse desde dos de sus rasgos



© David Estrada Larrañeta/Bluephoto.  
Carnaval de Barranquilla, 2012

8

distintivos: el primero, como proceso ritual; y el segundo, con referencia a las manifestaciones de la corporalidad en escena. Con respecto al panorama de las festividades tradicionales de nuestro país, es importante subrayar su carácter urbano, por el marcado deslinde con las reminiscencias religiosas y por inscribirse en contextos de festividad de evidente acento laico, no obstante sujetarse a la costumbre de su realización en los días previos al inicio de la temporada de Semana Santa.

La intensidad de la participación colectiva en el carnaval se pone de presente en el conjunto de operaciones rituales que tienen como eje *el cuerpo en situación de representación*. El carnaval puede concebirse, desde esta perspectiva, como un gigantesco juego colectivo, una dramaturgia, cuyo rasgo en común es el desdoblamiento, para asumir la condición de “ser Otro”. La danza, el disfraz, la máscara, las distintas formas de ocupar el espacio para desfilarse, bailar, exhibirse, saciarse de viandas y licores, seducir y llevar a cabo una descomunal farsa, hacen del carnaval un segmento de significación, un oasis de sentido que se inserta en la vida cotidiana de la urbe industrial o de las aldeas andinas para trastocar las maneras de ser, acudiendo al capital de reserva de las etnias reales o representadas en interacción. El asunto de las identidades en escena queda signado por las diversas adhesiones temporales de quienes, en su condición

de actores o de espectadores, las llevan a cabo en los intrincados desdoblamientos y máscaras, en los múltiples repertorios de tiempos, espacios y ofertas que la propia fiesta pone en circulación. El carnaval, como fenómeno antropológico, más que un mecanismo de afirmación de identidades, se convierte en un gigantesco y complejo dispositivo generador de diversidad, un espacio productor de alteridades.<sup>9</sup>

El carnaval recorre la piel de la ciudad; abre cada uno de sus poros, realza sus intersticios, convulsiona sus articulaciones, franquea compuertas. El carnaval descentra la ciudad, traslada hacia otros confines la energía, genera flujos y epicentros desde los cuales se lleva a cabo la mezcla y la cocción de un laborioso recetario de gestos y sabores, poniendo el cuerpo y el ánimo colectivos a punto de ebullición. Entonces, en el momento preciso, como siguiendo una partitura, una especie de magma social se vuelca, se derrama, al compás de tambores, acordeones, guacharacas y flautas de millo. El ron y el guarapo llevan a la euforia y aplacan las gargantas de los cantores y los coros. Combates simulados y seducciones eróticas se entrelazan en los prolongados desfiles de las cumbiambas y las comparsas.

Al congregarse y al separarse, al juntarse y al excluir, erigiendo o disolviendo barreras simbólicas y sociales, el carnaval opera como un gigantesco dispositivo ritual que crea identidades al pluralizar las imágenes del Otro a través de la máscara, la corporalidad, la danza, el atuendo y la comensalía. En este sentido, el carnaval no es mera repetición del pasado o la reproducción de un libreto otrora establecido. A partir de motivos básicos, el carnaval se renueva y se actualiza al recrear y producir alternativas de presente, en un tiempo fuera del tiempo.

## Referencias

- 1 Pizano Mallarino, O.; Zuleta, L.A; Jaramillo, L.; Rey, G. (2004). *La fiesta, la otra cara del patrimonio*.





© David Estrada Larrañeta/Bluephoto. Carnaval de Riosucio Caldas, 2011

*Valoración de su impacto económico, cultural y social.* Bogotá. Convenio Andrés Bello. Colección Economía y Cultura.

- 2 En 2001, la Ley 706 del Congreso de la República declaró “patrimonio cultural de la Nación el Carnaval del Distrito Especial, Industrial y Portuario de Barranquilla”, abriendo el camino a su proclamación por parte de la Unesco en 2003.
- 3 Unesco (1999). *Informe Mundial de Cultura: Cultura, creatividad y mercados*. París. Unesco / Acento.
- 4 Gutiérrez, E.; Cunin, E. —compiladores— (2006). “Danza, mestizaje y carnaval. Un fenómeno latinoamericano: el caso del carnaval de Barranquilla”. En: *Fiestas y carnavales en Colombia*. Medellín. La Carreta Social. Pág. 53.
- 5 Fundación BAT (2006). *Colombia de fiesta*. Dos volúmenes. Bogotá. Círculo de Lectores.
- 6 Gutiérrez, E.; Cunin, E. —compiladores— (2006). *Op. Cit.*
- 7 Montoya, S. (2003). *El Carnaval de Riosucio (Caldas). Representación y transformación de identidades*. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia / Arcila, María Teresa, (2009). *Entre diablitos y santos. Fiestas en el Occidente antioqueño*. Medellín. Hombre Nuevo Editores.
- 8 Leach, E. (1972). “Cronos y Cronus” y “El tiempo y las narices postizas”. En: *Replanteamiento de la Antropología*. Barcelona. Seix Barral.

- 9 Marc Augé, al referirse a la percepción ritual del Otro, recuerda que “la cuestión de la identidad siempre se plantea en relación con el *otro* (...) En el plano etnológico, sería posible mostrar que toda actividad ritual tiene como fin producir identidad por obra del reconocimiento de alteridades”. (Augé. M. (1998). *La guerra de los sueños. Ejercicios de etno-ficción*. Barcelona. Gedisa. Págs. 25-26). Coincidiendo con esta idea, que inspira el análisis del Carnaval de Barranquilla, Marc Augé concibe el conjunto de operaciones rituales del carnaval como un dispositivo generador de identidad a través de la acentuación de las diferencias, y no como un mero retorno a una comunidad ilusoria y homogénea. La diversidad, el conflicto, la exclusión, más que una noción y visión plana de identidades homogéneas, es lo que interesa resaltar en esta argumentación.

**Edgar Bolívar R.** es antropólogo y profesor jubilado del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.